

Mina y Zumalacárregui en la batalla de Larremiar

(12 de marzo de 1835)

Por JOSE M.^a IRIBARREN



A acción de Larremiar o Larramear, también llamada de Elzaburu y del puerto de Donamaría, fué una de tantas de la primera guerra civil. Los historiadores de ésta y los escritores de uno y otro partido apenas le conceden importancia (1).

Y, sin embargo, esta batalla oscura, intrascendente, casi desconocida, tiene, a mi juicio, singular interés, porque, aparte de sus detalles pintorescos (que los tuvo como vereis) fué en ella donde, por primera y única vez, se vieron frente a frente, con fuerzas casi iguales, los dos caudillos adversarios, los dos famosos generales Zumalacárregui y Espoz y Mina.

En Larremiar Zumalacárregui trató de acorrallar y aniquilar a las fuerzas de su enemigo, pero sus planes le fallaron por una serie de circunstancias ajenas a su voluntad. En cambio Mina se salió con su empeño, si bien a costa de sangrientas bajas; estando a punto de caer en manos de los carlistas, y teniendo que recurrir, para efectuar su retirada, a una de sus argucias de aldeano astuto y marrullero.

ZUMALACARREGUI tenía muchas ganas de vérselas con Mina en persona. Lo había dicho más de una vez a los que le rodeaban.

El Tío Tomás, pese a su ceño adusto y a su carácter áspero y sombrío, tenía, a ratos, dejes de humorista. Cuando en el campo de batalla se encontraba con algún nuevo general (Valdés, Quesada, Rodil, etc.), recién llegado al campo de la Reina, solía decir con ironía:

—He oído hablar mucho de él; no tengo la menor duda sobre su talento excepcional; pero, en fin, —añadía con sorna— debemos probar, porque ¿quién sabe?; tal vez alguno de nosotros pueda escapar con vida del desastre.

Cuando el temible Mina llegó a Navarra, el guipuzcoano, quizá por propia convicción, o tal vez por dar ánimo a los suyos, repitió varias veces:

—Prefiero habérmelas con él, más que con nadie. Otros me dan mucho trabajo para adivinar sus movimientos y adelantarme a sus combinaciones; los de Mina me los sé de antemano.

Si el Tío Tomás ardía en deseos de pelear con el Viriato de Navarra, a éste no creo que le sucediera lo mismo. Y eso que de la Corte le acusaban para que se enfrentase con su antagonista.

«Urge muchísimo —le escribía el Ministro de Estado Martínez de la Rosa en febrero del 35— urge muchísimo que Vd. personalmente dé un golpe a Zumalacárregui y que vaya Vd. aunque sea en litera».

El mismo día de la batalla que voy a reseñar, volvía el Ministro a urgirle:

«Un golpe que Vd. diera a Zumalacárregui hará más efecto en Europa que un centenar de notas mías a favor de la causa que defendemos».

Pero Mina, que como general pecaba de machucho y avisado, sabía mejor que nadie lo difícil que era *darle* un golpe a Zumalacárregui, y, menos aún, en las condiciones en que él estaba: con los papeles cambiados.

A él le hubiera gustado hacer la guerra en el puesto de su rival; la guerra de montaña (marchas, sorpresas y emboscadas) con los ágiles guipuzcoanos y los recios e incansables navarros. La guerra que hizo en la Francesada con el país entero en su favor, con espías y confidentes por todas partes, cuando todo eran cánticos, en honor de los guerrilleros:

Mina de mi vida;
Longa de mi amor;
don Gaspar de Jáuregui
de mi corazón.

Ahora, en cambio, el héroe de la Independencia (que no fué nunca un estratega de compás y antejo) tenía que luchar a la cabeza de topas regulares y en un país hostil, donde, al aproximarse sus columnas, huían todos de las aldeas, negándoles la *sal* y *el* fuego; donde tenía que pagar a peso de oro el servicio de confidentes, porque nadie se atrevía a serlo de los cristinos. Se veía jugando a la carta que los franceses habían jugado contra sus hombres, y sabía por experiencia quién llevaba las de perder.



MARTÍNEZ DE LA ROSA

Por otra parte, se encontraba viejo; si no en años (tenía entonces cincuenta y tres) viejo en espíritu y en fuerzas. Su diario de campaña en la guerra civil podría titularse el «diario de un enfermo», que quiere pelear y que no puede, de un pobre hombre con un cáncer de estómago, con dolores, modorras y vómitos, asado a emplastos y jarabes, a sangrías y sinapismos.

Por eso, cuando salió a campaña contra Zumalacárregui, más iba en plan de enfermo que de general, como ahora veremos.

La batalla de Larremiar se entabló con ocasión de marchar Mina por segundo vez en socorro de la guarnición de Elizondo, sitiada por las tropas de Sagastibelza.

A los cristinos les interesaba mucho Elizondo, porque el dominio de este pueblo, única plaza fuerte que poseían junto al Pirineo, les aseguraba la comunicación con Francia y el paso de convoyes.

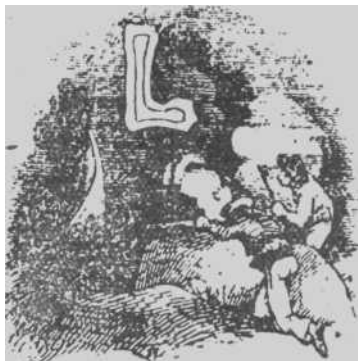


Por esta misma causa la apetecían los carlistas, los cuales, en enero del año 35, ocuparon las aldeas próximas —Iurita, Lecároz, Garzáin y Elvetea— desde donde inquietaban y hostilizaban a la tropa y urbanos que componían aquella guarnición.

Cuando, a través de los manzanos y los campos de maíz, se acercaban a las aspilleras de la plaza a insultar y tirotear a los liberales, éstos sacaban el obús (única pieza que les defendía) y, en disparando dos o tres cañonazos, quedaba despejado el terreno. El obús era el «coco» de los carlistas.

Pero, cuando a principios del mes siguiente, pudieron éstos disponer de sus primeras piezas de artillería, fundidas por el oficial Reina con los almiércoles, chocolateras, velones, braseros y demás útiles de cobre que requirió Zumalacárregui en las casas de la Montaña, Sagastibelza comenzó a batir el fuerte de la población por primera vez con mortero.

Los de Elizondo, amedrentados por los morterazos, demandaron socorro a Mina, y Mina entonces, no pudiendo salir por sus muchos achaques, envió a la Brigada provisional del coronel Ocaña (unos 1.800 hombres) que acababa de organizarse y se estaba instruyendo en Villava, con la consigna de salvar Elizondo y de indagar donde había fundido los carlistas sus morteros y obuses.



os reclutas novatos de Ocaña, salieron de Villava el día 6 de febrero «día terrible en que el agua, el viento y la niebla apenas les permitían andar». Ocaña, luchando contra los elementos desatados, consiguió abrirse paso por el áspero puerto de Velate, donde hubo de hacer frente a dos batallones enemigos allí apostados; pero, acometido más adelante por nuevas fuerzas de Sagastibelza y cogido entre dos fuegos, tuvo que encerrarse en el pintoresco pueblecillo de

Ciga, que está en un alto que domina el valle.

Allí, rodeado de enemigos, sin esperanzas de socorro, le escribía a Mina:

«Mi posición es sumamente crítica... y espero que, considerándola V. E. tal, se servirá sacarme cuanto antes de semejante apuro, que es mayor por la conducción de heridos, faltando bagages y paisanos que los lleven».

Con Ocaña marchaban en aquella expedición Narváez, Serrano, Ros de Olano y otros que luego habían de ser generales famosos.

Los carlistas aborrecían a las fuerzas de esta brigada, a la que apodaban «la cachetera», por ser la que solía acudir a decidir las acciones y a rematar a los heridos, como ocurrió, dos meses antes, en Unzué donde Eraso tuvo *más* de 250 muertos.

En una segunda comunicación, Ocaña le decía a Mina que el enemigo le tenía estrechamente cercado; demandaba socorro y añadía:

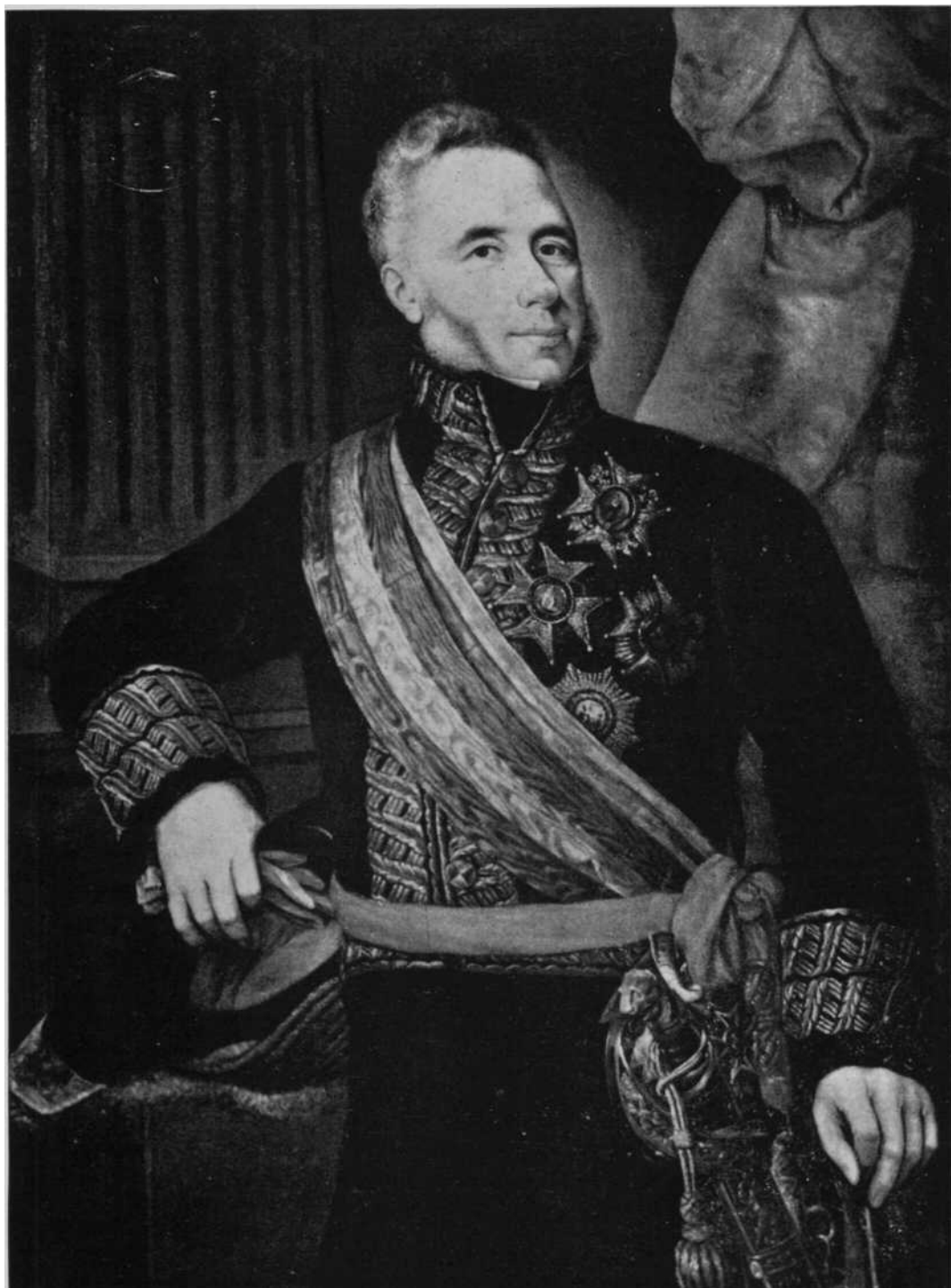
«Caso de no llegar, obraré según las circunstancias, abriéndome paso con la bayoneta».

Ocaña era un valiente que había peleado en los dos sitios de Zaragoza, pero su situación en Ciga era angustiosa, sobre todo cuando el día 10, a los seis batallones que le cercaban, se añadieron dos más llegados desde la Berrueza con Zumalacárregui y sus Guías.

Al día siguiente, el Tío Tomás hizo cañonear el pueblo. «Las granadas —escribe un oficial carlista— causaron graves daños en las pobres viviendas en las que el enemigo se hallaba atrincherado... Los sitiados se encontraban sin provisiones y podía verse a los soldados salir a los campos próximos a coger nabos y remolachas, a pesar de nuestro fuego».

El cañoneo acabó por aniquilar la moral (ya de suyo flaca) de aquellos pobres «quintos» de la Reina.





EL GENERAL ESPOZ Y MINA

*Cuadro de Vallespín legado por la viuda del general a la Diputación de Navarra
y que se conserva en el Archivo Provincial*

Foto. Archivo J. E. Uranga

El día 12 arreció el temporal de manera espantosa. Hacía un frío atroz y el viento helado arrastraba la nieve en torbellinos. Los sitiadores, enterados de que Mina en persona había salido hacia el Baztán con fuerzas numerosas, levantaron el cerco y se alejaron, lo que permitió a Ocaña entrar en Elizondo aquella tarde con sus tropas y sus heridos.

Henningsen cree que influyó en esta decisión de los carlistas la feroz actitud del jefe liberal, el cual tomó en rehenes a todos los vecinos de Ciga, amenazando a Zumalacárregui con fusilarlos si continuaba el cañoneo.



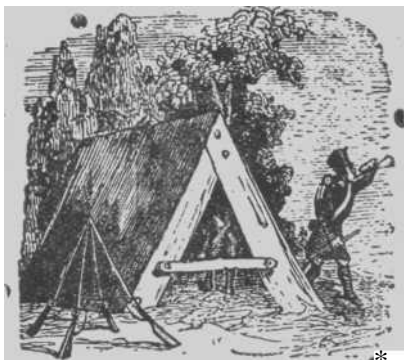
lectivamente, Mina, aunque pachucho y delicado, había salido el 12 de Pamplona y hubo de detenerse en Lanz, debido al lastimoso estado de su tropa, a lo impracticable de los caminos y a la violencia del temporal.

«Es tan extraordinario y crudo el temporal que reina estos ocho días—decía en su parte—que es preciso sean de bronce los hombres que resistan a él, teniendo que hacer marchas y contramarchas, combatiendo de día contra los elementos y no hallando por las noches ni cubiertas donde pasarlas».

Al cabo de dos días de forzosa inmovilidad, y habiendo recibido nuevas satisfactorias de la Brigada provisional, resolvió continuar su marcha, y así, el día 14, no queriendo exponer a sus soldados al paso por Velate, acantonó en Lanz a sus dos divisiones, y él, con una pequeña escolta de caballería, atravesó con tiempo pésimo aquel puerto, lleno de nieve, y por la tarde llegó a Elizondo, donde fué recibido con chistu y música, vivas e Himno de Riego.

Sus tropas soportaron tantas penalidades, que aquella desdichada expedición le costó 1.500 bajas.

Permaneció Mina en Elizondo del 15 al 20, inmovilizado por el mal tiempo. El 21, después de habilitar en los Alduides un convoy de caudales, calzado y uniformes para sus lanceros, volvió a Pamplona, donde entró a media tarde, seguido del convoy.



aunque Mina dejó en Elizondo a la Brigada Ocaña, los carlistas, que, al acercarse el general cristino, habían enterrado en parajes difíciles los dos morteros y dos obuses que acababan de construir, volvieron a envalentonarse y el día 9 de marzo se presentaron fan-

farrones en los alrededores de la plaza y reanudaron el bombardeo.

Lanzarían unos cien morterazos, y uno de ellos cayó en la iglesia, provocando tal pánico entre los fieles, sobre todo entre las mujeres, que Ocaña, viendo que «ellas» le desmoralizaban la guarnición, acabó por echarlas del pueblo.

Ocaña pidió de nuevo socorro a Mina. Cuando Mina recibió el parte, lleno de angustias y de temores, se enfurrujó:

—;Pero que hace esa gente que se deja sitiar segunda vez?

—Mi general; el enemigo ataca con artillería; son cinco batallones **los** que hay ante Elizondo—le hacían ver los que le rodeaban.

—Aunque así sea. Tienen fuerzas bastantes para haber impedido el bloqueo y haber escarmentado a Sagastibelza. ¿Es que esto de Elizondo no va a terminar nunca?

En el fondo, lo que le contrariaba era la perspectiva de tener que volver al Baztán y arrostrar nuevamente los rigores del temporal de nieves que por aquellos días volvió a recrudecerse.

Cuando sus nervios se aplacaron, cuando se convenció de que si él no salía peligraba Elizondo, el viejo zorro que latía en sus adentros concibió un plan astuto. Mientras Zumalacárregui peleaba por la Ribera, él marcharía, rápida y sigilosamente hacia el Baztán, a sorprender y acorralar a los sitiadores.



El coronel francés Saint-Yon que estaba cerca de él, agregado a su Plana Mayor, y tenía motivos de saber estas cosas mejor que nadie, dice que Mina «creyó que le sería fácil cercar a su vez a los sitiadores. Para ello le ordenó a Mendéz Vigo aue con sus tropas, recién llegadas de Aragón, se situase entre Lanz y Zubiri para observar el puerto de Veíate y los montes de Urtiaga por donde el enemigo podría retirarse. Pensaba que si conseguía llegar sin ser notado a Santes-

teban, los facciosos, a los que atacaría inmediatamente, no tendrían manera de escapar».

Mina confiesa en sus «Memorias» que si salió para el Baztán fué «por haber tenido confidencias de que Zumalacárregui, con tres batallones y cuatro más que le seguían a marchas dobles, quería ganar los puertos para impedir el socorro a Elizondo».

Aunque Mina diga esto, sus palabras no son muy de fiar. Lo que **parece** cierto es que Zumalacárregui, al saber que las tropas de Mendéz Vigo se movían hacia Zubiri, previó que el general de los cristinos marcharía a Elizondo y se le adelantó (Mina no se enteró de que Zumalacárregui le seguía hasta la tarde del día 11, cuando Oráa se lo dijo).

Resulta curioso el proceder del general carlista. Se encontraba el día 9 en la Ribera, en Larraga, donde tuvo un encuentro con las fuerzas cristinas de Carrera. El 10, desde Cirauqui y Mañeru se dirigió a marchas forzadas a Val de Olo con tres batallones y un escuadrón de lanceros, para caer al día siguiente en el valle de Ulzama.

El Lobo de las *Améscoas* barruntó que el «zorro» de Idocin iba a aprovechar su estancia en la Ribera para correr en socorro de los sitiados y trató de adelantársele o de sorprenderlo; usí lo dice Henningsen.

Suponiendo que Mina trataría de pasar por Velate esperaba «zurrarle la badana» en los bosques del puerto y echar por tierra, en unas horas de combate, el enorme prestigio de su rival.

El de Ormáiztegui y el de Idocin iban, como se dice, «de cuco a cuco y de perro a perro». Se adivinaban las intenciones.

El día 11 de marzo a las siete y media de la mañana, cuando Pamplona dormía amortajada en nieve y el cielo, bajo y triste, se deshacía en copos que aventaba un cierzo helador, Mina salió camino del Baztán por la Puerta del Carmen, a la que hoy llaman Portal de Francia.

Era una marcha precipitada y sigilosa, porque en la rapidez y en el secreto consistía el éxito del plan.

Doña Juana María de la Vega, «la generala», se había opuesto a esta salida, pensando en la salud de su marido.

—¿Vas a salir con este tiempo tan espantoso? ¿Es qué no estás escarmentado de la vez anterior?

Pocas mujeres habrán amado a sus esposos con la recia pasión con que amó a Mina su mujer, y pocos generales habrán tenido en sus dolencias enfermera tan solícita y abnegada como aquella coruñesa fea y sentimental.

Pero Mina tenía que salir forzosamente. La Patria le exigía ponerse a la cabeza del Ejército y fueron vanos todos los ruegos conyugales. Tan vanos que doña Juanita tuvo un arranque de amoroso heroísmo:

—¿Te empeñas en salir?... Pues yo salgo contigo.

—¿Qué dices? ¿Estás loca?

—No tanto como tú. Haré que me preparen el caballo. Yo no te dejo solo en este viaje.

Y así fué como el jefe de los cristinos salió a campaña junto a su mujer, ejemplo pocas veces repetido en los anales de la Historia.

¿Te has puesto la chaqueta de franela?... Ponte el chaleco recio... Lleva una manta para los piés—le aconsejaría doña Juanita.

Cuando Mina pasó ante sus soldados iba vestido de paisano, aforrado de ropa, con la capa hasta la nariz, un pañuelo de hierbas ceñido a la cabeza, y un sombrero de alcalde, alto, redondo, con funda de hule para la lluvia. Sin otro emblema militar que su sable de lujo a la cadera.

Cabalgaba en su imprescindible mula torda, pues debido a sus viejas hemorroides y al mal estado de su salud «no podía soportar los movimientos del caballo» y, para colmo de precauciones, previendo que la nieve y la ventisca le azotarían al cruzar los puertos, estrenó en aquel viaje un armatoste curiosísimo, una especie de cabriolet ecuestre.

Cuando le urgían desde la Corte: «Salga Vd. a campaña, aunque sea en litera», nuestro héroe, respetuoso con su salud y con las órdenes del Gobierno, se hizo construir una litera de las antiguas: esto es, una caja de coche con dos varas sostenidas por dos mulas, una delante y otra detrás. Saint-Yon refiere que antes de servirse de ella, trató de someterla a prueba «y durante varios días se paseó por las murallas, ante la atónita mirada de los pamploneses, el vehículo destinado a transportar en un sillón a aquel a quien el Gobierno miraba como el hombre más apto para hacer una guerra activa. Felizmente—añade este autor— el armatoste se estropeó y el Ejército se vió libre de las bromas y pullas que a costa de él hubieran menudeado en todas partes».

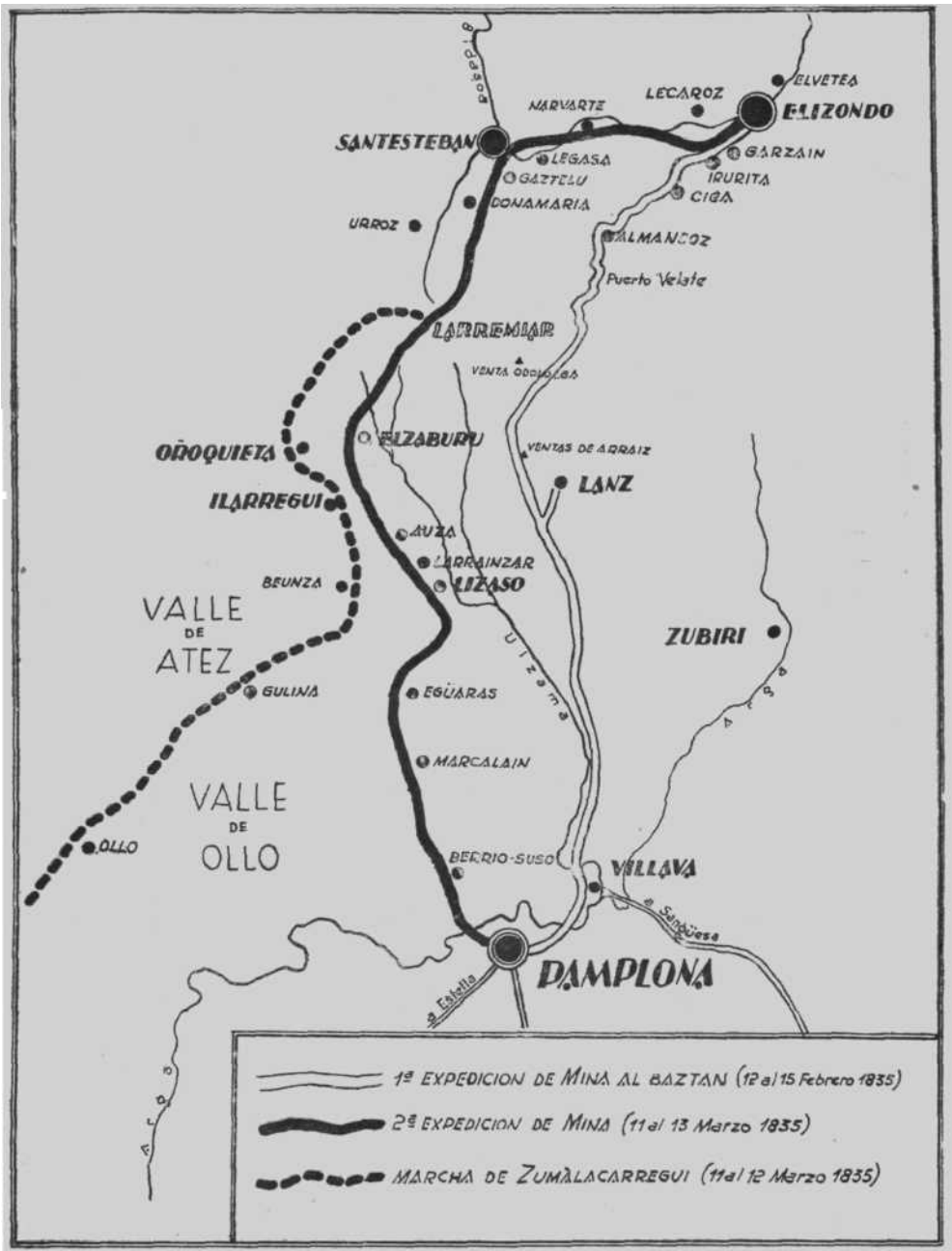
Pero Mina no se dió por vencido y para sustituir a la desvencijada litera ideó un artefacto de menos peso y más fácil transporte. Lo que he llamado *cabriolet ecuestre* consistía en una capota de cuero plegable, con ventanilla de cristal, que, cubriéndole enteramente el cuerpo, era portada por su cabalgadura.

Extremando sus precauciones de paciente, llevó consigo en esta expedición a sus dos compañeras inseparables: las dos burras de leche que se trajó de Francia por consejo de su médico en Cambo.

Si Popea, la mujer de Nerón, salía de Roma acompañada de 500 asnas en cuya leche se bañaba a diario para conservar terso su cutis, Espoz y Mina, más modesto que aquella emperatriz, se llevaba dos burras para proporcionarse la única bebida que su estómago enfermo soportaba.

Salio, pues, de Pamplona, con su Plana Mayor, con los tres coroneles (inglés, francés y portugués) agregados al Cuartel General en representación de la Cuádruple Alianza, con su capellán Apezteguía y con su esposa, de quien dice un autor (Apponyi) que «era de un feo repulsivo», aunque suplía la fealdad de su rostro con una gran inteligencia (era muy culta y literata) y un alma delicada y amorosa.

Doña Juana Maria iba vestida de hombre, con boina a la cabeza, y montaba a la americana un dócil y precioso alazán.



Por su rostro anguloso y su indumento más parecía un guía o un confidente que la generala. Como que cuentan que, al pasar por los pueblos, sos aldeanos, viendola junto a Mina, comentaban:



EL GENERAL MINA

fiero bigote corrido a la patilla, se pasmaban de verle tan chupado y malucho. Sus mismas tropas le llamaban de apodo el Esqueleto.

Componían su brigada unos 1.500 hombres: el Provincial de Orense, dos compañías del de Jaén, una partida del 6.º ligero, y los Tiradores y Flanqueadores de Isabel II que mandaba el famoso «Zarandaja», jinete de opereta, flaco y feucho, inquieto y bravucón.



EL GENERAL ORÁA

Llevaba, pues, gallegos y andaluces, caballería y «peseteros». A Mina le gustaban estos últimos por su facha feroz y su corage en la pelea. Con sus recios mostachos, sus morriones escandalosos y sus abrigos de un negro fúnebre, macabro, los *negros* (como por su indumento les apodaba el enemigo) se batían el cuero hasta morir, porque sabían que para ellos nunca habría cuartel.

Delante de estas fuerzas marchaban las de la división Oráa (3.000 hombres aproximadamente) que, a la misma hora que el general en jefe, habían salido de los Berrios (de las aldeas próximas a Pamplona) por el mismo camino. (2)

Mina apreciaba a Oráa más que a ninguno de sus generales. Oráa era un navarro de Be-

—¿Quién es ese?

—Su mujer.

—¿Eso, mujer? Si *paee* un leñador.

—Y él ¿has visto?, ¡qué malico está el pobre!

—Mala color ya tiene. Y ¡qué flaco!

—La verdá; ¿quién te ha visto y quien te vé?

Mina, efectivamente, «había perdido mucho en carnes, y su color—dice su médico Salvat— era pálido, amarillo pajizo». Sus ojos claros, de mirar incisivo, cuya fuerza y viveza admiraban a todos, eran, ahora, unos ojos de enfermo, apagados y turbios, a los que, solo de vez en cuando, asomaba el relámpago de su energía indomeñable. Los que le habían visto el año 13, recio y carirredondo, con el

riain y había peleado a sus órdenes en la guerra de la Independencia. Los dos eran aldeanos; los dos cautos y astutos.

Oráa tenía una cara ancha, rasurada y rojiza, una pelambre hispida y blanca (los carlistas le llamaban de mote *Lobo Cano*) unos ojillos grises y una barba cuadrada y maciza. El pliegue caído de su boca daba a su rostro un gesto agrio, taciturno. A pesar de su facha de labrador, Oráa era un táctico, ducho en las tretas de la guerra. Y un valiente a la hora de los tiros; tenía por entonces una herida de bala en el brazo de la que no había curado bien.



entras las tropas de Oráa y Espoz se dirigían hacia la Ulzama por Marcalain y Eguaras de Atez, «en medio de un temporal terrible de ventisca, agua y nieve», las de Zumalacárregui avanzaban en igual dirección y casi a igual altura.

De cuando en cuando, las voladas del aire, polvoriento de nieve, arrastraban el eco de la batalla de Elizondo. «Desde el pueblo de Olo —consigna Zaratiegui— se dejaban oír perfectamente los rugidos del cañón isabelino, los morteros del obús carlista y las secas descargas de fusilería de un combate que estaba sosteniendo Ocaña contra Elío y Sagastibelza».

A las dos de la tarde, tras una marcha penosísima, Mina acampó a sus hombres en Lizaso, pueblo de treinta casas con la iglesia en lo alto, mientras que Oráa con su división se metió valle arriba, hasta Elzaburu, que es el último pueblo de la Ulzama.

Cuando Oráa estaba entrando en Elzaburu, Zumalacárregui y los suyos llegaban a los montes de Oroquieta. El Guipuzcoano, al divisar al enemigo, ideó un golpe: desvió su marcha hacia Ilarregui y, previendo que Oráa se vería obligado a alojar parte de su tropa en Oroquieta, apostó en sitio oculto al 6.º batallón y preparó una de sus clásicas emboscadas.

A media tarde, conforme a lo previsto, tres batallones liberales se dirigían a Oroquieta. Los carlistas, ocultos en la espesura del monte que hay a espaldas del pueblo, atacaron de pronto a las fuerzas Cristinas y se trabó un combate por los montes que duró hasta la noche.

Aunque, en el curso de esta pequeña acción, Zumalacárregui puso empeño por ocultar la fuerza que llevaba, el *Lobo Cano* se apercibió de que tenía tras de sí al general de los carlistas con varios batallones, y conociendo que su situación, y sobre todo la de Mina, eran muy peligrosas, le avisó a éste para que se le reuniese con sus tropas en Elzaburu, ya que, de seguir éstas en Lizaso, era muy de temer una sorpresa por parte de los de Zumalacárregui y por las que pudieran descender del puerto de Velate.

Mina se reunió con Oráa en Auza a las nueve de aquella noche, y a las doce trasladó su brigada de Lizaso a Elzaburu, dejando en Auza y en Larrainzar pequeñas guarniciones.

Por su parte Zumalacarregui, que, creyendo tener ante sí solo a la división Oráa, había dado orden de acelerar el bombardeo de Elizondo, apenas supo por la noche que era Mina en persona el que estaba delante, y que con él venían, no una, sino dos divisiones, mandó a Sagastibelza que levantase el sitio, enterrase las piezas de artillería y acudiese al combate del día siguiente.

Las tropas de Don Carlos pernoctaron en Oroquieta y Zumalacarregui, con su Plana Mayor, en Iñarregui.

Estoy seguro de que el jefe carlista durmió muy poco aquella noche. Su preocupación, desde que supo la presencia de Mina, fué aparejar un



plan de copo. Todo el éxito dependía de que sus batallones del Baztán acudiesen a tiempo para impedir al enemigo el paso por los puertos. Las tropas que esperaba se encargarían de cortar la retirada hacia Pamplona.

Para ello dió orden a los dos batallones que estaban en Almandoz (el 1.^o de Navarra y el 7.^a de Guipúzcoa) de encontrarse en paraje a propósito para oponerse a Mina.

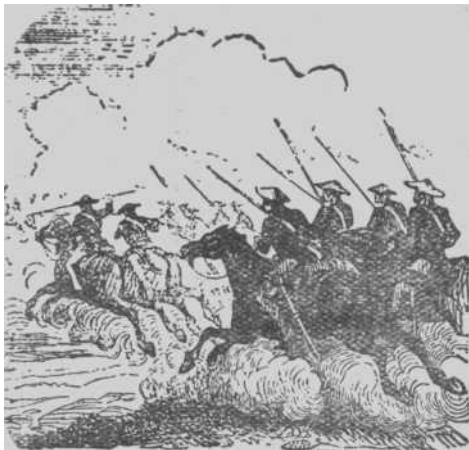
Mandó asimismo que otros cinco batallones estuvieran dispuestos para cerrar el paso a los cristinos si, como era probable, se retiraban hacia la capital. Esperaba además—dice Madrazo— que aquella noche se le reunieran tres batallones más de la Ribera, pero el pésimo estado de los caminos les impidió llegar a tiempo al escenario de la lucha.

Aquella noche solo tenía consigo tres batallones. El 4.^o, el 10.^o y el 6.^o, que era uno de sus favoritos, compuesto en su mayoría de baztaneses y mandado por Pablo Sanz. El 3.^o, al que llamaban del Requeté por su canción de guerra, cuyo estribillo, alusivo a los rotos de los calzones, decía así:

«Vamos andando, tápate,
que te se vé el Requeté»,

se reunió a Zumalacarregui a las 8 de la mañana siguiente.

Además de estas fuerzas, llevaba —ya lo he dicho— a los lanceros; aquellos célebres centauros que por su extraño equipo, enormes lanzas e ímpetu salvaje inspiraban terror, pero que ahora, recién uniformados por O'Donnell con boinas rojas y levitas azules cojidas a los muertos enemigos, habían perdido el aspecto feroz y grotesco que antes les distinguía.

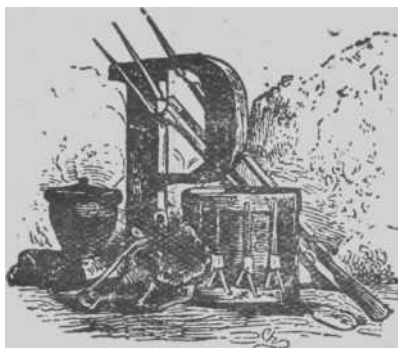


Espez y Mina, por su parte tomó sus precauciones y, como en la anterior expedición, había dispuesto que sus columnas se aproximasen a él, por si venían mal dadas.

A Mendez Vigo le había ordenado trasladarse de Zubiri a Lanz. Al brigadier Carrera que marchase en su misma dirección y se detuviera en Lizaso, y lo mismo previno a Gurrea.

Horas después iban a verse frente a frente los dos caudillos en los que estaba fija la atención, no ya de toda España, sino de Europa. El escenario de la lucha era un paisaje áspero y salvaje, lleno entonces de nieve, el más propicio para servir de fondo al duelo de dos jefes curtidos en la guerra de montaña.

«A pesar—dice Mina en su parte— de que Zumalacárregui recibió aquella noche el refuerzo de cuatro batallones procedentes de Val de Olo, de que en Baztán existían siete batallones más, y de que la marcha de Zumalacárregui marcaba abiertamente el objeto que se proponía, me resolví a seguir mi operación y buscar en el éxito de las armas la solución del remedio que anhelaba».



oco antes de las nueve de la mañana, Oráa y Mina salieron de Elzaburu camino de los puertos que, a distancia de más de una legua, cierran el valle de la Ulzama, separándolo de la cuenca del Bidasoa.

El tiempo había cambiado durante la noche, y los vientos contrarios trajeron un cielo bajo, plomizo, y una lluvia tenaz que empezó a derretir la nieve.

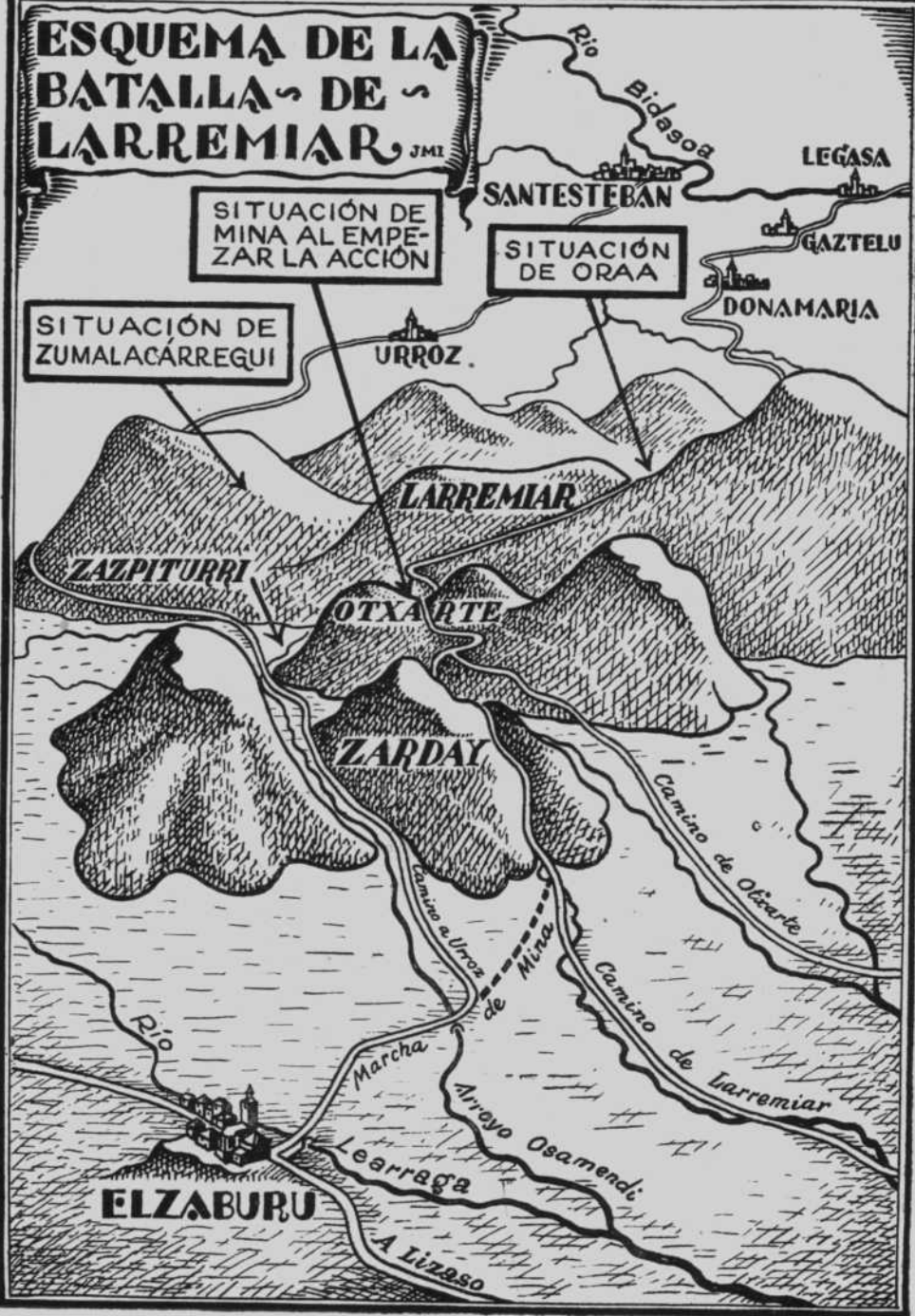
La palidez de la mañana descendía sobre el valle aterido, y los montes

ESQUEMA DE LA BATALLA DE LARREMIAR JMI

SITUACIÓN DE MINA AL EMPEZAR LA ACCIÓN

SITUACIÓN DE ORAA

SITUACIÓN DE ZUMALACÁRREGUI



del fondo, todos blancos de nieve, espeluznados de hayas y de robles, se envolvían en una bruma triste que alongaba el paisaje, acentuando su aspecto sombrío e invernal.

Las tropas de la Reina atravesaron las dos regatas que pasan ante el pueblo de Elzaburu y, desviándose hacia la derecha, tomaron el camino a Larremiar que sube por el alto de Zarday, monte largo y poblado de hayas.

«Había —cuenta Henningsen— dos piés de nieve sobre la tierra y, desgraciadamente, aquélla se derritió rápidamente».

Un aire frío y pegajoso arrastraba la lluvia en ráfagas violentas. A consecuencia del deshielo los arroyos bajaban muy crecidos y las tropas tenían que avanzar pisando nieve derretida y un barro blando donde hundían sus cascos los caballos y las acémilas.

Durante esta jornada los exploradores le avisaron a Mina que por la izquierda y en igual dirección se movían tropas «facciosas». Eran las de Zumalacárregui que, habiendo salido a la misma hora de Oroquieta, iban por el peor camino, a través de los montes embarrados, dando un rodeo



DON MANUEL GUTIÉRREZ
DE LA CONCHA

para llegar al puerto antes que nadie. Refiriéndose a ellas dice Mina en su parte: «Las reconocí y desprecié». A pesar de este gesto despectivo, aquellos batallones zarrapastrosos de azules boinas, pantalones de pana y chaquetones pardos, iban a darle, horas después, un susto inolvidable.

Oría se había adelantado con sus tropas a las del general en jefe, cuya brigada conducía los bagages y los heridos de la tarde anterior. Entre las fuerzas de uno y otro se extendía una fila interminable de acémilas. «Las mulas de bastante —consigna Saint-Yon— ocupaban más de una legua de terreno a causa de la naturaleza del camino».

Mina estaba seguro de que «habría jaleo. Metido en su capota, como en la concha el cacol, contemplaba a través del cristal empañado la marcha de sus hombres, calados de agua, sucios de fango hasta las rodillas. Su equipo absurdo y teatral le recordaba el de los «franchutes». Los chácós, las levitas azules, los pantalones blancos, la mochila tremenda eran los mismos que llevaban los imperiales. Luego, aquellas pesadas cartucheras y aquella espada inútil que al caminar les golpeaba la pantorrilla izquierda... Zumalacárregui tenía razón al dotar a sus voluntarios de un equipo ligero: un boina al cogote, una manta terciada, una canana en la cintura y un morral blanco con la camisa y las alpargatas... ¿Para qué más? (3)

El Lobo Cano pasó del alto de Zarday al de Otxarte (monte frío) y desde éste, franqueando una profunda barrancada, escaló el monte de Larremiar (hierba pequeña) cuya cumbre marca la divisoria del Cantábrico y forma una explanada larga, desprovista de árboles.

Al llegar al punto de coincidencia de las alturas orientales con la de Larremiar «ordenó colocar en posición dos compañías de cazadores para prevenir cualquier contratiempo».

Añade en su «Memoria Histórica» que, apenas había dado esta orden, cuando observó que por su izquierda y a cosa de una legua de distancia, tres o cuatro batallones carlistas bajaban a la desfilada por el camino de Santesteban a Urroz. Eran tropas que, procedentes del Baztán, trataban de reunirse con Zumalacárregui, quien, para entonces, se encontraba emboscado en los montes del puerto.

Cuando el *Lobo Cano* divisó estas fuerzas, temió que el enemigo atacase de un momento a otro, y avisó a Mina, aconsejándole que hiciese alto y esperase a reunir su brigada que, como ya se ha dicho, venía dispersa y rezagada.

El barrunto de Oráa se cumplió pronto. El Guipuzcoano, que esperaba impaciente la ocasión de atacar, aprovechó la circunstancia de marchar separadas las fuerzas enemigas para colarse entre ellas y emprenderla con la más débil en un terreno áspero y escabroso, donde la caballería Cristina no podía desenvolverse.



«El terreno intermedio, —dice Zumalacárregui— sobre lo escabroso y poblado de árboles, estaba además cubierto de nieve; sin embargo, no dando un instante en acometerle, destacué el 4.º batallón en dos direcciones para que lo verificasen».

Mina dice en su parte que «al llegar con su brigada al punto denominado

Orartecolepuga (es Otxarteco-lepúa: la punta del monte de Otxarte) observó que el enemigo en gran número subía por la falda titulada Zaspiturri (Siete Fuentes) proyectando interponerse entre las dos brigadas de la división, favorecido por el terreno y rompiendo de repente un fuego vivo y sostenido para lograrlo».

Mina se vió muy apurado. Aquel ataque súbito cuando se disponía a atravesar el hondo crue separa Otxartecolepúa de Larremiar, sorprendió y

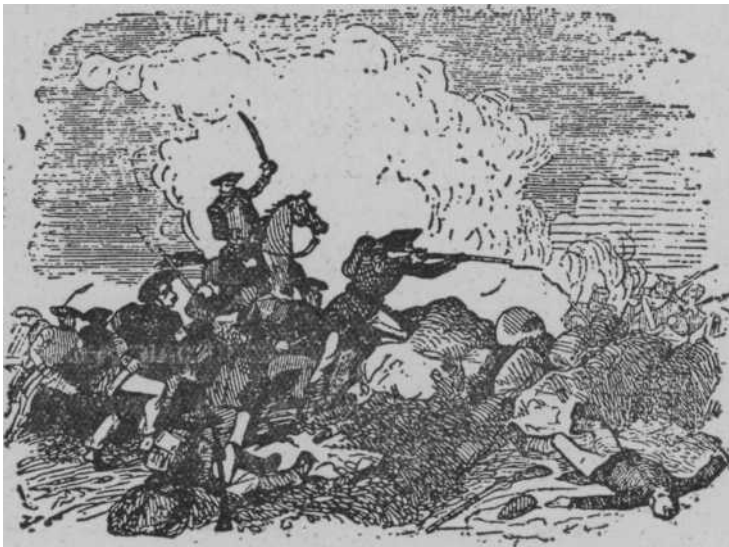
confundió a su tropa. Espoz—dicen los autores carlistas— al advertir las posiciones del enemigo que, cortándole el paso, trataba de ganar las alturas del puerto, dió muestras de patente vacilación.

Zumalacárregui (zamarra negra, boina escarlata y pantalones rojos) apareció de pronto sobre el monte, en su caballo blanco, rodeado de su Estado Mayor. Tenía el Guipuzcoano una vista de águila y en cuanto vió la indecisión de su adversario «lanzó sus fuerzas contra las de Mina para impedir que éste se apoderase de las alturas que tenía a su izquierda, y desde las cuales le hubiera sido fácil efectuar su maniobra».

Los carlistas, aprovechando que las tropas de Oráa habían traspuesto la cumbre y descendían en zig-zag por la vertiente opuesta, ocuparon en un golpe de audacia el monte Larremiar. Eran dueños del puerto. Habían conseguido interponerse entre las dos brigadas liberales.

«La primera brigada—dice Mina—había descendido ya del monte Larreamear y yo, a la cabeza de la segunda, me encontraba embarazado con los bagages y heridos, lo cual le proporcionó al enemigo ocupar casi en su totalidad a Larreamear con sus tropas».

En este trance, el Lobo Cano actuó de providencia. Oráa, viendo al carlista dueño de la cumbre que él acababa de abandonar, mandó hacer



alto, reunió sus fuerzas, y. con el grueso de ellas cargó contra los de la **altura**.

Fué una embestida tan resuelta y enérgica, que los cazadores de Zumalacárregui retrocedieron y escaparon ladera abajo, de mala forma.

El Tío Tomás, ante la huida de los suyos, «tuvo—dicen los que con él estaban—un acceso de cólera e impaciencia; espoleó su caballo y dejando atrás a su Estado Mayor, bajó del monte donde estaba para ponerse al fren-

te de los que huían agitando en la diestra su sable desnudo». (Raras veces desenvainaba el sable; en estos casos solía blandir su látigo).

La feroz actitud del general (sangriento el rostro, centelleantes los ojos) y unas pocas palabras de ánimo en vascuence bastaron para reunir a los fugitivos y electrizar a todos, lanzándolos de nuevo a la pelea.

Oraa, dueño del puerto, marchó en persona a reunirse con Mina, cuyas fuerzas, no repuestas del susto, seguían tiroteándose con el enemigo.

Los soldados de el *Esqueleto* al ver llegar al Lobo Cano sudoroso, jadeante y ceñudo le aclamaron con frenesí, inaugurando un viva que les salió del alma y que hasta entonces no habían pronunciado ante él:

¡¡Viva el Abuelo!! ¡¡Viva el Abuelo!!

Los tres coroneles extranjeros, la esposa de Mina y el jefe de su Plana Mayor se reunieron con Oráa, mientras que el general en jefe volvió solo a juntarse con los suyos, para sacarlos de su atasco, atravesar la hondonada y reunirse en la cumbre del puerto con las fuerzas de Oráa.

Y aquí empezaron sus peores apuros. Intentó Mina aprovechar la confusión de su enemigo, para mover sus tropas hacia Larremiar, pero Zumalacárregui, que le observaba atentamente, concentró su ofensiva contra él



y volvió a resonar la fusilada. «Tenían que marchar unos y otros —dice Madrazo— pisando media vara de nieve, y a cada paso se sepultaban los pies en el fango producido por las lluvias de muchos meses. Al mismo tiempo... caía sobre sus cabezas un copioso aguacero».

Mina tuvo que hacer esfuerzos formidables para rechazar a los carlistas que le atacaban

pegajosos, que iban por él personalmente, pues su figura inconfundible resaltaba sobre todos los suyos, debido a su indumento y a su mula gigante y blanquecina.

Cuando ya se creía en buena posición y el grueso de sus tropas había avanzado a lo largo del camino, aparecieron a su espalda tres batallones

(de los que el Guipuzcoano tenía dispuestos para impedir la retirada sobre Pamplona) atacando con nutridas descargas a la caballería liberal, que se desenvolvía malamente por el pésimo estado del terreno.

A la embestida por la izquierda, se unía el ataque por la espalda, y las tropas de Mina se desalentaron; la confusión entre ellas llegó al colmo. Los soldados, ateridos de frío, chapoteando en la nieve, envueltos en el vaho de la niebla y la pólvora, trataban de escapar ciega, alocadamente. Todo eran tiros, gritos y lamentos.

—¡A la caballería!

—¡Cuartel; cuartel! ¡La vida por caridad!—gritaban los heridos.

—¡A esos; a esos! ¡Mátalo, mátalo!

Se mezclaban a las voces de apuro, los denuestos rabiosos con **que** unos y otros se zaherían:

—¡Falsos! ¡Orzayos!

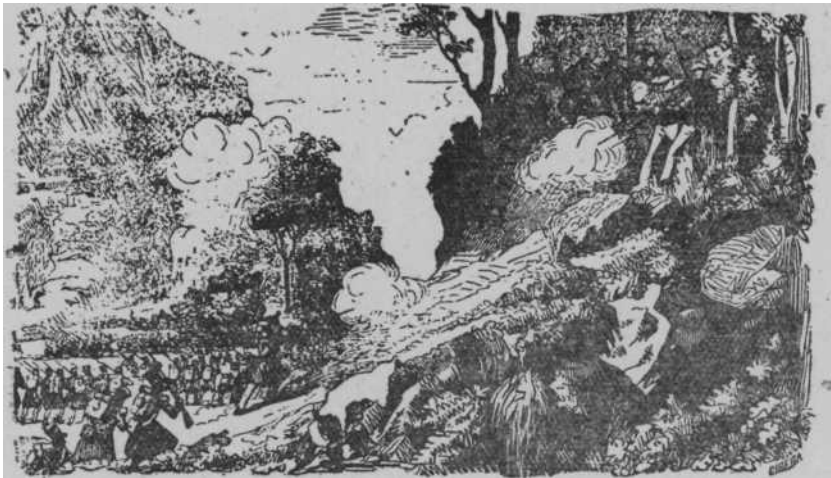
—¡Hijos de frailes! ¡Bandidos!

—¡Negros! ¡Pirujos!

—¡Viva Isabel segunda! ¡Viva la Libertad!

—¡Viva el Rey! ¡Viva Carlos quinto!

Mina se vió cogido entre dos fuegos y en uno de los trances más peligrosos de su vida. Dando voces, desenvainando el sable, a cuerpo limpio



sobre su mula torda, sus ojillos volvían a brillar con la cólera y la bravura de sus mejores tiempos. En mitad del atroz desbarajuste, el héroe de Navarra revivía magnífico:

—¡Adelante!, ¡adelante!

—¡A ellos, muchachos; no les tengáis miedo!

Los «peseteros» de *Zarandaja* se batían como lobos junto a él. Algunos de ellos, viéndole tan expuesto a las balas, le aconsejaban a voz en grito:

—¡Retírese, mi general! ¡Por aquí, que le siguen!

En un libro muy raro y erudito, en «El Asno ilustrado», leí que Mina en esta acción, «interpelado por los ruegos de sus valientes para que se retirase, respondíales que, sabiendo los enemigos que montaba en mula blanca, le tirarían a él y los libraría a ellos».

Sobre la nieve, a lo largo del camino que faldea el puerto, quedaba un rastro de chacós, de mochilas y cartucheras abandonadas, de heridos desangrándose, de caballos patas arriba, dando coces al aire. (4)

En el barullo de la huida el general en jefe había perdido su capota de cuero, su equipaje de campaña y ¡lo que era para él más sensible!, sus dos burras de leche.

Refiriéndose al primer armatoste, dice Madrazo que «cayó en manos de los carlistas la *litera* de Mina». Henningsen no habla de litera, sino de cabriolet, y añade: «Este último era una cosa curiosísima; quizá yo lo hubiera descrito mejor denominándolo capota. Se hallaba colocado sobre una mula y cubría enteramente su persona; tenía una ventana de cristal delante».

Fué en este apuro cuando Mina resultó herido de un balazo en el hombro. «Nadie lo supo durante el combate—refiere un escritor—más que uno de sus ayudantes (Esain, seguramente) que le ayudó a echar el embozo izquierdo sobre el hombro derecho, apenas recibida la herida, para tapan el taladro y esconder la sangre».

Por más que el general aguantó el golpe «sin fruncir las cejas» y procuró ocultar a todos el percance, el enemigo se apercibió y nuestro héroe estuvo a punto de caer prisionero. «Perseguido de cerca por algunos soldados, pudo salvarse —dice Madrazo— gracias a las orillas quebradas y altas de un arroyo, con las que tropezaron los que le perseguían».

De nuevo el Lobo *Cano* actuó de providencia en el peligro, y, gracias a sus tropas y al esfuerzo de su caballería, pudo ponerse a salvo el general en jefe y unirse ambas brigadas en el alto de Larremiar.

Hablando de esto escribe Zaratiegui que «sobre un campo de los más desiguales, donde apenas habrá un palmo de terreno que no esté en declive, vimos hacer a una compañía de caballería del enemigo las evoluciones más precisas, más oportunas y útiles que pueden ejecutarse».

Era la una de la tarde. El cielo, fosco y enfurruñado, seguía desflecándose en lluvia.

Zumalacárregui, al ver reunidas en la cumbre a las brigadas de la Reina, «se consagró—dice Mina—a reunir en diferentes localidades sus masas compuestas de diez batallones, comprendiendo en este número dos que, en el mismo acto, se le reunieron procedentes del Baztán» (Serían los que Oráa vió descender por el camino de Donamaría momentos antes de trabarse la lucha).



ina estaba colérico, fuera de sí. Desazonado por el disgusto que acababan de darle los carlistas, herido en su prestigio y amor propio, quería vengarse y atacar.

Oráa, más cauto y más sereno, <<le manifestó que tenía confianza en su tropa y estaba seguro de poder batir al enemigo, a pesar de las formidables posiciones que ocupaba; pero que siendo el

objeto de la operación proyectada el socorro de Elizondo, juzgaba que, dejando al enemigo, debía continuarse la marcha con las precauciones que requería el terreno y la situación en que se encontraban».

Cuando así discutían, llegóse a ellos un confidente. Era un propio de Santesteban con el parte de que dos batallones carlistas se encontraban junto a la venta de Odolaga, venta que se halla a la derecha de Larremiar, entre este monte y el de Velate.

Aquello suponía la amenaza por la derecha y venía a agravar notablemente la situación comprometida de los cristinos.

Oráa, consultado de nuevo por Mina, «se ofreció—dice en su Memoria histórica—a marchar con dos batallones de su Regimiento a reconocer y batir a los de Odolaga, mientras las demás tropas podían continuar su movimiento por escalones, los que preparó y colocó en posiciones, de suerte que dominaba el campo y podía marchar sin compromisos a Elizondo».

«Era muy probable:—añade— que al ejecutar este movimiento fuese atacada la retaguardia y, previendo este caso, manifestó a Mina lo conveniente que sería, puesto que el terreno era bastante despejado y podía



obrar la caballería, que la pusiesen a cubierto de los fuegos y a cierta distancia, para que en el momento de que los enemigos cargasen en desorden a las guerrillas aue se retirasen, lo hiciese decididamente la caballería y contuviese a los enemigos».

Lo que propuso Oráa, se hizo al momento. Oráa marchó a la venta de Odolaga, pero allí no había tales batallones. El

aviso era falso, se trataba, probablemente de un ardid enemigo.

Mina, en tanto, se puso al frente de la caballería y dió principio a la

retirada con una argucia de sus tiempos de guerrillero que escarmentó al contrario.

«Los ocho batallones que me acompañaban—dice en su parte— estaban en columna cerrada en el alto de Larramear, y el próximo de la espalda descansando sobre las armas y esperando con impaciencia la iniciativa del enemigo; pero viendo que no se movía y que solo se contentaba con hacer mucho fuego, *dispuse una retirada falsa*, con cuya añagaza empezaron sus tropas a declarar la victoria, trepando a la altura con la mayor audacia, la que les costó demasiado caía, porque dos batallones en masa y nuestra caballería los cargó y arrojó a sus primitivos puntos en un instante. Luego *volví a secundar esta estratagema*; pero procediendo aquéllos con más cautela y conociendo (yo) que solo deseaban paralizar mi marcha, resolví seguirla».

Los carlistas continuaban en la creencia de que Espoz trataría de marchar a Elizondo por el camino recto, por Velate; pero el zorro de Idócin, hombre ducho y escurridizo, les despistó y organizó su retirada en dirección a Santesteban y Donamaría, por el camino que sigue el curso del arroyo Charuto que desde Larramiar afluye al Bidasoa.

Los autores carlistas reconocen unánimes que tanto Mina como Oráa, desplegaron en esta operación un tino y una habilidad muy singulares.

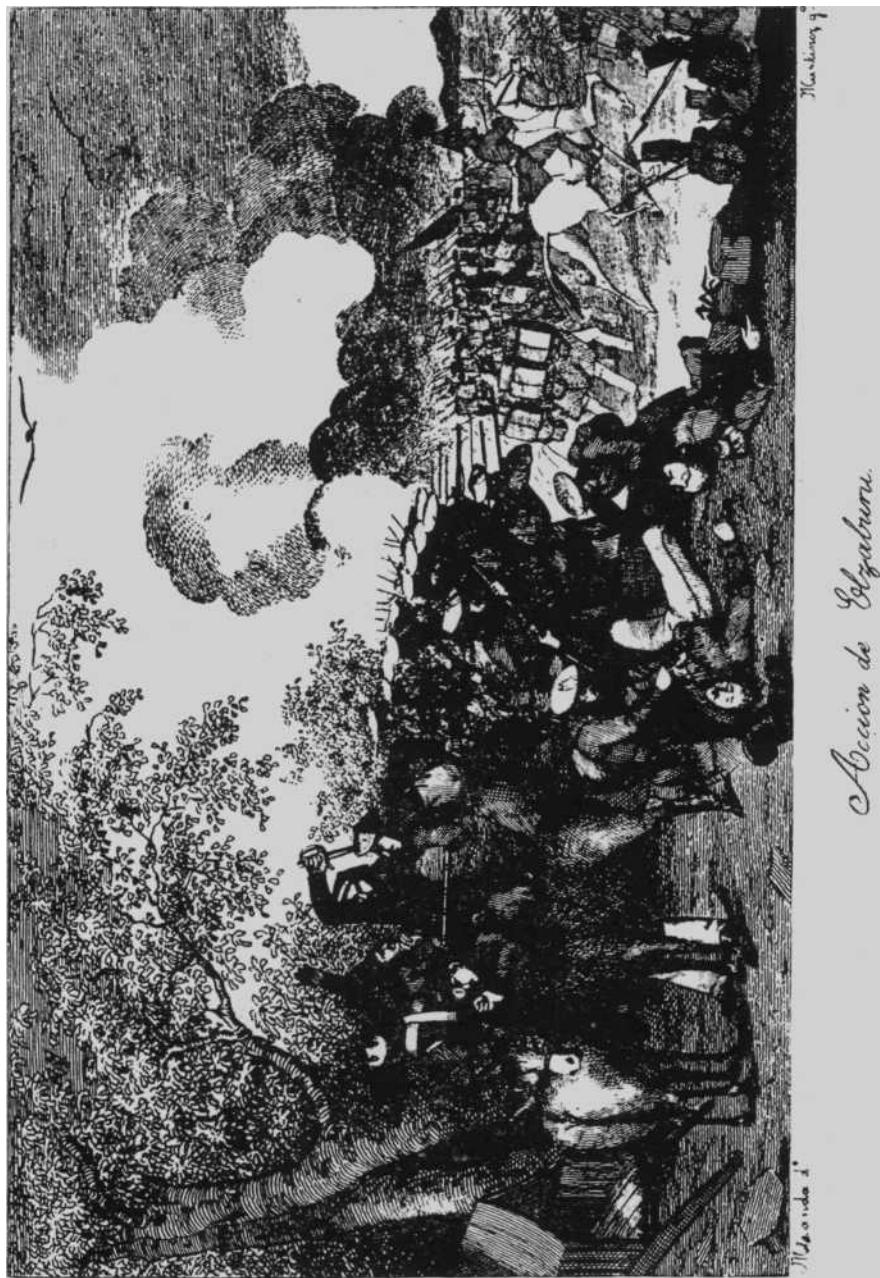
A las dificultades de la marcha por un terreno áspero, lleno de nieve, y hostilizados sin cesar por las guerrillas adversarias, se añadía la de tener que conducir un convoy de doscientos heridos.

Fué entonces cuando Zumalacárregui, furioso al ver que Mina (a quien poco antes había estado a punto de coger prisionero) se le escapaba de las manos, lanzóse a perseguirlo con sus tropas más frescas (los batallones 6.º y 10.º) sin darle tiempo a respirar.



Confiaba el de Ormaiztegui en que Gómez —el de la célebre expedición— con las tropas que tenía en Almádoz, y el coronel Elio con las suyas acudieran a tiempo para oponerse en el camino de Donamaría al repliegue de los cristinos, con lo cual la desgracia de éstos era segura, irremediable.

Pero Mina le había hecho al guipuzcoano una artería de viejo zorro, y para asegurar la retirada de sus tropas, echó mano de un truco de aldeano marrullero que, en aquella ocasión, le salió a maravilla.



Accion de Byaburu.

Mina debía de llevar en el bolsillo cartas recientes de Zumalacárregui (las que éste hubo de dirigirle, en fin de enero, para que le entregase a su hija, *prisionera* en la Inclusa de Pamplona). Mina supo, por sus exploradores, que las fuerzas de Elío marchaban a apostarse para cortar el paso y atacarle de frente. Y como siempre siguió el principio de que «el fin justifica los medios» y no era hombre que se parase en barras, «se dirigió —dice Madrazo— a Elío con una orden en que, bajo la *firma falsificada de Zumalacárregui*, le prevenía que hiciese un movimiento del todo diferente al que debía ejecutar».

Elío, recién llegado al campo de don Carlos y jefe entonces del 8.º Batallón de Navarra, cayó en la trampa, obedeció la supuesta orden y dejó a su enemigo el paso libre.

Los autores carlistas, excepción hecha de Madrazo y Du-Casse, silencian esta jugarreta y hay quien supone que si Elío no llegó a tiempo para oponerse al adversario, fué por culpa de su apatía, apatía e irresolución que, por lo visto, caracterizaban a este procer y eximio militar.

Sin embargo, todo induce a creer en la realidad del hecho. Lo confirma la tradición, lo consignan Pirala, Madrazo, Du-Casse y Valera, y, a poco que se ahonde en la vida y andanzas de Espoz (en el año 14, huido a Francia, falsificó sus pasaportes para huir de la policía), se ve que el layador de Idócin era capaz de recurrir, para salvarse, a estas tretas y a otras peores.

Sería interesante averiguar cómo se las apañó Mina para entregar a Elío el parte falso. Y sería igualmente curioso poseer el texto del mensaje. De lo que dice Zaratiegui (y copiaré seguidamente) parece deducirse que el movimiento que le prescribió fué el de correrse hacia Veiate. La comunicación —yo me figuro— diría en esta o parecida forma:



J. ANTONIO ZARATEGUI

«El enemigo, perseguido por mí, se dirige a forzar el paso de Velate. En su consecuencia, deberá Vd. dirigirse sobre este punto, apenas reciba la presente. Espero se dará cuenta de la urgencia del caso.—Tomás Zumalacárregui».

El hecho cierto es que esta astucia salvó al ejército de la Reina de un desastre seguro. El ayudante y secretario del Tío Tomás, Zaratiegui el de Olite, nos lo dice en su libro:

«Si como atacaron de flanco las tropas de Gómez y Elío, hubieran venido a salir de frente a las de Mina, la pérdida de éstas era indudable. Ni Elío ni Gómez —añade— podían saber positivamente la verdadera dirección de sus enemigos, mucho más cuando *todos pensaban que irían a Elizondo por el camino recto*, pero, según después se vió, su objeto era dirigirse primero a Santesteban, donde tenían también guarnición».

Elío y Gómez llegaron tarde. Elío con una hora de retraso, por lo **que** apenas pudo participar en la persecución. Gómez con el 7.º de Guipúzcoa alcanzó al adversario, le hostilizó y consta que a las nueve de la noche sus soldados hacían todavía vivo fuego sobre la retaguardia liberal.

A ellos alude Oráa seguramente cuando consigna que Ulibarrena rechazó y dispersó un batallón carlista en el camino de Donamaría.

Los cristinos, favorecidos por las sombras y por el mal estado del terreno, consiguieron alcanzar, ya muy entrada la noche, las aldeas de Gaztelu y Legasa (próximas a Donamaría y Santesteban) sin perder más hombres —según Madrazo— que los que, por haberse salido fuera del camino, se metieron entre las nieves y fueron víctimas del hambre y del frío (5).

Henningsen, capitán de lanceros de don Carlos, que presenció esta última fase de la lucha, escribe refiriéndose al ejército en retirada:

«Sus hombres (los de Mina) obligados a abandonar el camino, metidos en nieve hasta las rodillas, y muñéndose de frío y de hambre, fueron perseguidos hasta que se hizo noche cerrada. Yo —prosigue— me había retirado a una colina, donde se nos dió orden de permanecer, así como al 3^{er} batallón que esperaba la vuelta del general. Acaso fuera imposible dar con un sitio desde el cual se ofreciera una mejor vista del lugar de la acción. La caza que podíamos presenciar ahora con placer, se nos aparecía como si estuviera dibujada en un mapa. A no ser por el reflejo de la nieve, sería ya completamente de noche, y cuando perseguidos y perseguidores se habían desvanecido, podíamos aún ver el fuego en las cimas de las montañas, como luces de relámpago, aunque no podíamos oír ya nada. Estábamos completamente empapados de agua; los caballos y los jinetes habíamos permanecido todo el día sin tomar alimento, y ahora estábamos temblando de frío sobre dos pies de nieve... Mina transportó consigo doscientos heridos y dejó en el campo cuatrocientas bajas. Al día siguiente



podía distinguirse su ruta por los muertos que abandonó durante su persecución, y por la sangre de los heridos que se marcaba en la nieve. Nuestras pérdidas fueron unos cien muertos y otros cien heridos... El ejército de Mina llegó al Baztán en condición tan lamentable que Zumalacárregui, convencido de que tardarían muchos días en aventurar-

se a nuevas operaciones, marchó a la Burunda a poner sitio a Echarri-Aranaz, la plaza más fuerte entre Pamplona y Salvatierra» (6).

Pirala afirma que Mina perdió entre muertos y heridos cerca de 300 hombres. La pérdida de los carlistas fué de 184 heridos. Se desconoce el número de muertos.

Mina, en el parte de la batalla, llega a decir que solo tuvo «de 10 a 12 muertos y 88 heridos, entre cuyo número me cuento yo en el hombro derecho, cuyo balazo que he recibido ha sido con suma felicidad».

Hablando acerca de esto en el libro de sus «Memorias», escribe:

«Sin embargo de que la bala debió llegar algo fría, atravesó tres dobles de la esclavina de la capa, la levita, chaleco, camisa, y se quedó entre el cuero y la chaqueta de franela, por cuya manga cayó en la noche al tiempo de mudarme... creí la tenía penetrada en el hombro».

La anterior descripción nos da idea de lo abrigado que salió de Pamplona y nos hace admirar la previsión de doña Juanita que al llenarle de ropa le libró de un balazo en el húmero.

Y así fué la batalla de Larremiar, donde Zumalacárregui desenvainó su espada e hizo esfuerzos enormes por destrozarse a su enemigo; donde Mina estuvo a punto de caer prisionero; donde Elío resultó víctima de una treta de aldeano cuco, y donde la espiritual doña Juanita pasó tales angustias, en medio de los tiros, que no creo que le quedasen ganas de repetir la suerte.

Fué una batalla fría y gris, a tono con el día y con el paisaje. «Sobre nuestras cabezas —dice el Barón Du-Casse que peleó en el 6.º de Navarra a las órdenes de Zumalacárregui— rodaban gruesas nubes cargadas de nieve y nuestros pies se sepultaban en el barro. Parecía que nuestros corazones se habían puesto en armonía con la sombría tristeza de aquellas montañas de Donamaría, áridas, escarpadas y desiertas. A pesar de haberse prolongado el fuego durante muchas horas, no hubo ni de una parte ni de otra, un solo momento de entusiasmo. Parecía que todo el mundo tenía miedo».

En «El Panorama Español», revista que se publicó el año 1845, aparece un curioso grabado de Miranda acerca de este histórico encuentro. El dibujo (que reproduzco aquí) es de lo más ingenuo y convencional que puede darse, pero, quizá por eso mismo, resulta muy curioso y divertido.

En primer término se ven las dos burras de leche junto a la litera de Espoz, litera que es, más bien, una camilla con techado de lona. Un carlista trata de sujetar los ronzales de las pobres bestias, que parecen filosofar, indiferentes a los tiros, acerca de la guerra civil.

Tras de las burras, dos voluntarios de Don Carlos, el uno con la bayoneta y el otro con la espada, se disponen a «suprimir» a dos soldados de la Reina (¿los conductores y ordeñadores de las burras?) uno de los cuales pide perdón, mientras el otro cae hacia atrás herido por el bayonetazo.

También en primer término aparecen dos muertos cristinos: un oficial y un soldado, cuyo chacó se ve en el suelo. Un carlista desvalija el chaleco de este último, mientras que otro hunde sus manos en un arca, con la que el dibujante quiso representar el equipaje de campaña de Espoz y Mina.

El fondo del grabado nos da una idea, a todas luces falsa, del combate. Una doble fila de infantes carlistas, con boinas blancas, dispara sus fusiles horizontales contra las tropas adversarias a una distancia no superior a cuatro metros. No obstante estas descargas a bocajarro, los cristinos, con sus altos chacós y sus mochilas desmesuradas, huyen, armas al hombro, impávidos, inmunes a las balas y en correctísima formación. (Verdad es que los fusiles carlistas apuntan demasiado alto).

Junto a los fugitivos, y con el rabo tieso, trota la mula blanca de Espoz y Mina, al cual vemos con levita, fajín y tricornio.

A mano izquierda cierra el cuadro un grupo de árboles, tan verdes y frondosos como podrían estarlo en julio. A la derecha triunfa un fondo de nubes, que igual pudiera ser de pólvora, sobre el cual cuatro cuervos abren sus alas espantados de la hecatombe...

Pero dejemos de vista el dibujo para volverla a Mina y sus soldados.

Sucias, aspeadas, ateridas de frío y desfallecidas de hambre, las tropas de la Reina llegaron en desorden, con aire de derrota, a las aldeas de Gaztelu y Legasa. Se atendió, lo primero, a los heridos, se montaron las guardias exteriores, se repartió la tropa sin boletos: los que pudieron se acomodaron en las casas, en las cuadras y en los pajares, y los que no, encendieron hogueras para cenar (no habían comido) y calentarse.

Mina marchó a pasar la noche a Santesteban. Llegó a las once rendido, descompuesto, con las bilis revueltas, y se metió en la cama, donde la amable doña Juanita le curó la herida del hombro.



A los apuros y penalidades de aquel día desventurado, se añadía en su espíritu el escozor de la derrota, que él se esforzaba por paliar exagerando el escarmiento que sufrió el enemigo. «Quien huye se declara vencido», y él se había visto forzado a huir.

A pesar de la habilidad con que efectuó su retirada y a pesar de encontrarse ante el Baztán, como se había propuesto, comprendía con íntima amargura que su prestigio ante el país y su amor propio habían recibido un duro golpe.

¡Y pensar que algo de esto le ocurría a Zumalacárregui! El, también, a la noche, en Oroquieta, estaba —dicen sus biógrafos— hosco, ceñudo, de mal humor. Le había fallado el golpe. La codiciada presa se le había ido de entre las manos. Lo que pudo haber sido una derrota escandalosa del adversario, se había reducido a un escarmiento, a unos cientos de bajas, a una retirada en desorden.

El se había propuesto conquistar Elizondo, impedir el socorro a la plaza y destrozarse a las brigadas de la Reina cogiéndolas entre dos fuegos. Y,



bien mirado, Mina había logrado su propósito. Elizondo estaba libre de sitiadores. Mina se le había escurrido en las faldas del puerto. Los cristinos se encontraban ante Elizondo; quizá lograsen averiguar al día siguiente dónde había escondido Sagastibelza los morteros y obuses cuyos disparos oyó el día anterior desde los montes de Val de Olla.

Tan cierto fué el disgusto del Tío Tomás después de la batalla, que resolvió vengarse de su enemigo, asestándole un golpe sensacional. El golpe, que afligió a Mina en lo hondo de su alma, fué la toma de Echarrí-Aranaz, la plaza fuerte más importante que poseían los cristinos entre Pamplona y Salvatierra de Alava.

Al día siguiente por la mañana, Espoz marchó a Donamaría; movió su ejército en dirección al valle de Baztán y, después de dejar en Irurita a las tropas de Oráa, avanzó con las suyas hacia Elizondo.

Los de Elizondo no tenían noticias de su salida de Pamplona, ni de la batalla en los puertos. Aquel día, cuando al amanecer sacaron los sitiados sus descubiertas, comprobaron, con gozoso estupor, que el enemigo había abandonado sus posiciones de la víspera.

«Los carlistas —dice un parte de aquellas fechas— levantaron el sitio poniendo en contribución todos los hombres del país, caballerías y bueyes, para transportar sus cañones y municiones a las montañas y barrancos».

Efectuaron su retirada con el mayor sigilo y, para despistar a los cristinos, mantuvieron encendidos sus fuegos toda la noche.

La noticia de que el asedio había terminado cundió enseguida por la ciudad y fué celebrada por los soldados con cierto aire de júbilo arrogante.



viejo, campechano y ordenancista, que había sido guerrillero en la Francesada, apenas se vió libre de enemigos, llamó a un cabo de pluma, lo sentó en una silla y se puso a dictarle:

«Excmo. Sr.: La canalla anda lejos de nosotros y está en precipitada fuga, como no podía menos de suceder dando yo...»

En esto iba cuando entró a su despacho el coronel Ocaña a decirle que por la parte de Irurita se ofrecían a la vista fuerzas considerables, no sabía si amigas o enemigas.

El gobernador —refiere Ros.de Olano que presencié la escena— rasgó su comenzado parte, desenfundó su enorme antejo, se asomó a la ventana y ordenó al cabo que le estaba sirviendo de escribano:

—Ponte tú de cureña, que les voy a apuntar el catalejo para contarles hasta los botones.

Enderezó su vista hacia las manchas movedizas que se divisaban en el horizonte y, al momento, exclamó:

No haya susto, mi brigadier, que son cristinos.

Ocaña se apresuró a mirar por el antejo y, cerciorado por sí mismo de la feliz noticia, él y el gobernador mandaron ensillar sus caballos y salieron al encuentro de sus libertadores.

A la una del mediodía (lo consigna en su parte y en una carta de aquella fecha) el general en jefe de los cristinos hizo su entrada en Elizondo al frente de sus tropas.

Ros de Olano nos describe la escena y la figura del general con la viveza y el color de una litografía iluminada:

«Entraron en la plaza aquellos libertadores con todas las señales del cansancio y llenos de la fiereza de su profesión. Traían los rostros tiznados de pólvora y los hombros cargados de nieve; el barro por delante les cubría las rodillas y por detrás les pasaba de la cintura; brillábales en los

bigotes su propio aliento cuajado en carámbanos, y en los ojos les relampagueaba el ansia de abrigarse y de reposar junto al fuego y la patrono...

De esta manera —añade— desfiló la tropa a formar pabellones en la plaza de armas, y el general en jefe se mantenía a caballo.

Aquel anciano tan celebrado en época de mayor gloria para sus heroicos hechos, cabalgaba en una poderosa mula torda, de la que él mismo decía ser tan buena su bestia que *amanecía con el alba en Alsasua* y se *ponía con el sol en Zaragoza*.

El traje de este Viriato era una capa parda sobre una levita de paisano y un sombrero redondo, forrado de hule y puesto sobre un pañuelo de colores que llevaba liado a la cabeza.

A pesar de este porte, su fisonomía era elevada y enérgica; la decoraban respetables canas y la enaltecía la fama sobre el mismo teatro de sus antiguas hazañas.

Los ojos azules del indomable general acaso no tenían la radiante mirada del genio, pero se asomaba a ellos la perspicacia junto a la inquebrantable firmeza del caudillo. No usaba bigote; antes al contrario, una breve, blanca, modesta y apaisanada patilla apenas le rebasada la oreja. Su sable era su único signo militar...

Así se ofrecía al frente de un ejército formidable el General Espoz y Mina... así mandaba en las batallas...

Sin embargo, ninguno sería osado a mirarle sin respeto (tanto era imponente su rostro y el gesto de su boca tan imperativo), ni nadie al ver al hombre vestido con el traje de nuestro pueblo, montado en una mula aparejada a la española y con estribos de fraile, nadie al verle por vez primera a la punta de las tropas, habría dicho: aquel *paisano será un guía que les enseñe el camino*, sino que, al mirarle, todos dirían: aquel es el general Mina que las manda y conduce por sendas extrañas; tenía un aspecto tan característico de héroe de la guerra de la independencia, en la que fué modelo; un sello tan peculiar de Capitán aclamado por el pueblo, que no solamente le revelaba al primer golpe de vista, sino que lo imprimió en muchos de los caudillos de su escuela; si bien desapareció con él, sin dejar continuadores cuando bajó al sepulcro».

Los soldados de la guarnición y los vecinos liberales de la ciudad le aclamaban con ferviente entusiasmo:

—¡Viva Mina! ¡Viva la Reina! ¡Viva la Libertad!

—¡Viva el general valiente!

Cuando fué a echar pie a tierra, lo hizo con cierta dificultad. El gobernador acudió a sostenerle de un brazo, pero él le dijo que no le tocara, que tenía una herida en el hombro.

En la plaza del pueblo se colocó frente al palacio de las Gobernadoras rodeado de su Plana Mayor y presencié el desfile de las fuerzas.

«Los soldados traían un aire sucio, cansado y fiero».

Terminado el desfile, se distribuyeron los libertadores a ochenta y a

ciento por casa, y el general pasó con su mujer al palacio de Arizcunea, donde le habían preparado alojamiento.

Subieron con él el gobernador, el coronel Ocaña, Zarandaja. Allí fueron también sus ayudantes, los que marcharon con la Brigada provisional y habían soportado el sitio: «Serrano, con aspecto de palaciego; Narváez, pequeño y gracioso, con bigote y mosca y cierto aire de andaluz fanfarrón; Ros de Olano, alto, flaco, melenudo, de bigote caído por las puntas, con vitola de poeta romántico».



Trataba Mina de averiguar a todo trance el paradero de los morteros y abusos utilizados por Sagastibelza en el sitio de la ciudad. Había jurado volver con ellos a Pamplona y era hombre de cumplir su palabra, fuera como fuese.

Todos hablaban de venganza y de represalias. Era preciso hacer un escarmiento en los pueblos «facciosos», sobre todo en Lecároz, cuyos vecinos, partidarios acérrimos del Pretendiente, se habían distinguido por sus servicios a los sitiadores y sus insultos a los sitiados. Los de Lecároz sabían, tenían que saber forzosamente el paradero de las piezas de artillería, porque habían ayudado a su transporte.

Mientras tanto en la plaza ardía la zambra y sonaba, ácido, el chistu. Los soldados bailaban con las mozas del pueblo sin hacer mucho caso a la lluvia menuda que entristecía el atardecer.

Luego llegó la música. Tocó el «Trágala», el Himno de Riego y el de los Nacionales, que terminaba con este apóstrofe belicoso:

«Guerra, guerra a muerte
«a tiranos y a esclavos.
«Guerra, guerra, guerra,
«guerra, guerra y después habrá paz».

Al día siguiente fué lo de Lecároz. Cuando a la tarde llegó Mina a la aldea al frente de su ejército, los «peseteros» la tenían acordada y no dejaban salir a nadie.

En la plaza, y por orden del general, esperaban los vecinos del pueblo:

tres docenas de hombres, viejos la mayoría, porque los jóvenes, o habían huido o estaban de antemano en la «facción».

Los prisioneros, vestidos con las galas del domingo, pálidos de emoción, le saludaron ceremoniosamente.

Mina se apeó de su mula y acercándose a ellos, con mirar riguroso y ahincado, les preguntó en voz alta:

—¿Dónde están los cañones?

—No saber— dijo uno. Otros se alzaron de hombros.

—¿*Cañonak non diré?*— les repitió en vascoence.

—No sabemos; le juramos que no sabemos— respondieron en su lengua nativa.

—Lo sabéis, y si no lo decís ahora mismo, os fusilo y hago quemar el pueblo.

—Nosotros no sabemos nada de eso— volvieron a insistir.

Mina se sulfuró al oírles.

—¡Qué los cuenten de cinco en cinco! —ordenó.

Los pusieron en fila para contarlos. Los que hacían el número cinco quedaban fuera de la formación, «aferrados entre las manos de un cabo».



Siete fueron los elegidos de esta suerte para morir.

Mina trató de hacer una última experiencia. Mandó que fusilasen en el acto al regidor Juan Bautista Barreneche. Luego, viendo que tal medida no hacía mella en el ánimo de los condenados, ordenó que dos de ellos (Martín Meoqui y Juan Martín Goñi) fuesen pasados por las armas.

Mientras se ejecutaba a estos dos infelices, los «peseteros» de Zarandaja, con teas en las manos, metían fuego al pueblo.

Ardió todo él (23 casas), menos la iglesia y tres edificios (7).

Se armó una hoguera inmensa. «Los soldados se replegaron con paso a retaguardia por no poder sufrir tanto calor».

Las mujeres y los chicos del pueblo, cargados con las ropas y utensilios de sus pobres hogares, contemplaban aquel estrago con muda rabia y sereno estoicismo.

Espoz y Mina marchó a Narvarte cuando las llamas de Lecároz, alzándose rabiosas como una maldición, enrojecían el anochecer.

Aquella hoguera trágica que, durante tres noches, iluminó los cielos del Baztán, constituía la venganza, (torpe y cruel venganza) de los apuros

que él y sus tropas habían sufrido sobre la fría nieve, en la jornada de Larremiar.

José María IRIBARREN.

Pamplona, febrero 1944.





EL INCENDIO DE LECAROS
Grabado que figura en el tomo 1.º del «Oasis —Viaje al país de los Fueros»
de Mañé y Flauger

NOTA PRELIMINAR

Impreso ya este artículo, he caído en la cuenta de una equivocación que, aunque sea de escasa importancia, me interesa rectificar. Afirmino en él que los ayudantes de Espoz y Mina, Ros de Olano, Serrano y Narváez, durante la batalla de Larremiar, se encontraban en Elizondo.

La culpa de este error es de Pirala y del propio Ros de Olano.

Pirala, al relatar la marcha de la brigada Ocaña a Elizondo en los días 6 al 12 de febrero, dice así (edición de 1889, tomo 1.", pág. 424): «En aquella brigada operaban entonces Clemente, Narváez, Messina, Serrano, Ros de Olano y otros conocidos generales españoles».

Por su parte Ros de Olano en su libro «Episodios Militares» y en el capítulo «De cómo se salvó Elizondo», describe la entrada de Mina en este pueblo y las escenas que la precedieron en tal forma y con tales detalles, que quien lo lea tiene que suponer, forzosamente, que el autor se encontraba entre los libertados.

El testimonio de que Ros de Olano, Serrano y seguramente Narváez acompañaron a Espoz y Mina en el combate de Larremiar me lo ha proporcionado el libro «Estado Mayor del Ejército español», donde, al referir los hechos de armas del primero de aquéllos dice lo siguiente:

«Ros de Olano se halló en la acción del 11 de marzo de 1835, en la que se distinguió notablemente... El 12 del mismo mes en la acción de Larramear mataron a Ros de Olano tres ordenanzas relevados sucesivamente, pasando un desfiladero tomado por el enemigo, para reconocer el campo por orden del general. Herido Mina y forzadas las posiciones enemigas, continuó este general con la brigada de vanguardia la marcha para el valle de Donamaría; el Jefe de Estado Mayor con el convoy y otra brigada marcharon sucesivamente, y los ayudantes de campo Ros de Olano y ü. Francisco Serrano quedaron encargados de contener al enemigo con la brigada de retaguardia. Así lo verificaron en efecto durante casi toda la noche, por caminos difícilísimos con la nieve hasta la rodilla, con fuego a quemarropa, dando repetidas cargas a la bayoneta y entrando en Donamaría cuatro horas después que la vanguardia, conduciendo todos sus heridos y sin haber dejado un solo prisionero en poder de los carlistas.

Con instrucciones del mismo general fué Ros de Olano pocos días después con la brigada Ocaña a la frontera de Francia a recibir un convoy...»

(«Estado Mayor del Ejército español—Historia general de su cuadro en los años de 1851 a 1856, redactada bajo la dirección de D. Pedro Chamorro y Baquerizo. Sin fecha ni lugar de edición. Cap. «Ros de Olano», pág. 382).

NOTAS

(1) Pirala en su «Historia de la Guerra civil» y Valera en la continuación de la «Historia de España» de Lafuente, escriben poco acerca de este encuentro, incurriendo ambos en el error atroz de confundir el monte Larremiar con la aldea de Larraizar.

Espoz y Mina en el libro de sus «Memorias» no le dedica más de cuatro líneas: se ve que guarda de él un amargo recuerdo.

El coronel Saint-Yon, que acompañaba a Mina y los escritores carlistas Henningsen, Madrazo, Zaratiegui, Du-Casse, Sabatier y Tar.dé aportan datos sueltos, visiones fragmentarias.

Donde con más detalle aparece descrita la batalla es en el parte de la Gaceta dado por Mina, y en la «Memoria Histórica» del general Oráa, aunque uno y otro ocultan sus apuros, y su parcial relato tiene la fría sequedad de la prosa castrense.

He procurado dar unidad y orden a este rompecabezas de datos sueltos y noticias parciales, para ofrecer a mis lectores una estampa de la primera guerra civil.

Aunque he dado al relato un tono literario, puedo afirmar que no he inventado nada y que hasta los menores detalles, tienen confirmación en las historias y en los libros.

(2) Con las fuerzas de Oráa y como Jefe de su Plana Mayor marchaba entonces don Manuel Gutiérrez de la Concha, el que en el año 1875, siendo general de los liberales resultó muerto en la batalla de Monte-Muru.

(3) En la descripción del equipo de los carlistas me atengo al testimonio de los escritores que por esta época acompañaban a Zumalacárregui. Los que dan más detalles acerca de ello son Henningsen y Anastase de Tardé.

Los soldados del Pretendiente —dice este último— llevaban todos boina azul, chaqueta parda, manta terciada, faja roja, pantalones de pana muy anchos y alpargatas. La canana la llevaban en la cintura, y el morral a la espalda.

Henningsen dice que, por este tiempo, los Guías de Navarra vestían guerreras azules con vivos encarnados en las pecheras y pantalones grises. Se distinguían por sus boinas rojas «que al principio usaban solamente los oficiales; mas como se cayó en la cuenta de que estas boinas nos convertían en blanco para el enemigo, les fueron entregadas al batallón de Guías y después a la caballería, llevando el resto del Ejército boinas azules, como antes».

En el campo cristino había por esta época los apodados «chapelgorris». Eran los peseteros guipuzcoanos que mandaba Jáuregui el Pastor y les apodaban así, no por llevar boinas rojas, sino por tocarse con unos chacós de forma muy extraña y de color rojo.

(4) Henningsen, capitán de lanceros de Zumalacárregui, después de consignar que en este ataque por la espalda, los carlistas destruyeron un escuadrón de caballería cristino, añade:

«Un teniente coronel de la caballería de Mina, a quien yo conocía bien por haberle visto en su magnífico caballo blanco, exponiéndose con su escolta en varias acciones, y que fué mencionado varias veces por su valor, permanecía muerto, así como su caballo, en mitad del camino, cuando yo pasé por allí. Jinete y caballo habían sido heridos en la cabeza; a medida que desfilábamos, solo pude consagrarle un pensamiento y una rápida mirada. Sin embargo, y por extraño que parezca, me aproximé con un sentimiento muy doloroso a contemplar más de cerca las facciones de este galante soldado. Recuerdo haber oído decir en Arbizu a un voluntario: «¿Ve usted aquel oficial montado en el caballo blanco? ¡Yo lo mataré!». Aunque ésta

era una vana amenaza del soldado, no pude evitar el recuerdo de aquel admirable discurso de Don Quijote, donde, hablando de la invención de la pólvora, dice: «Un noble corazón es atravesado por una bala disparada por una mano que tiemb!a». Yo le dije al soldado: «Dispara más bien hacia aquellos cobardes que se ocultan detrás de él».

(5) He aquí como describe la batalla el coronel francés Saint-Yon en **su libro** «Les deux Miná»:

«Ya las tropas de Oráa habían franqueado las crestas (de Larremiar) y descendían en largos zig-zags por la vertiente opuesta, cuando diez o doce (no eran tantos) batallones carlistas aparecieron de golpe hacia las cimas de la sierra e hicieron ocupar por sus tiradores el único camino que fué practicable.

Ante esta aparición inesperada, el temor se apoderó del centro de la columna y las fuerzas de la Reina se vieron entonces cortadas en dos porciones que no podían ni reunirse ni salir de los desfiladeros en los que era preciso marchar de uno en uno. En el mismo instante, algunos fusilazos disparados sobre la retaguardia de Mina hicieron suponer que la retirada no era posible, circunstancia que contribuyó a aumentar más aún la inquietud de sus tropas.

Si Zumalacárregui hubiese tenido el menor talento militar se hubiera apoderado del Ejército de la Reina... Le hubiera bastado llevar el grueso de sus fuerzas a donde se había contentado con mandar unas pocas. Hubiera destruido entonces, separadamente y sin esfuerzo, cada una de las brigadas de Mina que se encontraban aisladas y en la situación más crítica.

Pero, como aturdido de su propia audacia, quedó a menos de dos tiros de fusil, tranquilo espectador de la lucha parcial que se entabló sobre la meseta cuya posesión era para él tan decisiva. Y sin moverse de un pliegue del terreno cubierto de nieve donde había reunido sus soldados, no pensó siquiera en sostener los débiles destacamentos que tenían en jaque a su enemigo y le impedían el paso.

Mientras Zumalacárregui dejaba escapar, por su inexperiencia o su irresolución, la más bella ocasión de vencer y cuando la acción se limitaba a un tiroteo insignificante, Oráa, que había oído un fuego muy vivo detrás de él, volvió sobre sus pasos y, en lugar de imitar al general de los carlistas, se apresuró a reunir su brigada y fué con ella toda entera como volvió a la posición de la que era preciso adueñarse.

Bastaron algunos minutos para rechazar a los tiradores enemigos y, en presencia del General en Jefe que, al otro lado de un hondo barranco, esperaba con viva ansiedad el resultado de este combate, restableció la comunicación entre las dos brigadas. Gracias a la sangre fría de Oráa, la acción, que parecía irremediabilmente desastrosa, quedó desde aquel momento solucionada. Porque el encuentro, que se prolongó hasta la noche, no podía tener consecuencias graves. Sin embargo, Espoz, hostigado durante mucho tiempo a pesar de la oscuridad, dejó en poder del enemigo todos los hombres que se perdieron en las montañas».

(6) Anastase de Tandé, que asistió a la batalla, dice así:

«En este combate del puerto de Azaburu (Elzaburu) pereció el valiente coronel O'Donnell (Car'os), que mandaba nuestra caballería. Fué herido al cargar contra los peseteros; pérdida vivamente sentida por todos y que ha dejado un gran vacío».

Líneas más adelante consigna esta curiosa anécdota:

«Fuí testigo de un hecho verdaderamente heroico en el combate del puerto de Azaburu. Había allí un soldado de la partida, joven navarro muy robusto, de una estatura elevada y de una fisonomía notable. Una granada le destruyó el brazo, pero de forma que la parte cortada estaba todavía unida al muñón por la piel y por la carne. El intrépido soldado se inclinó cubierto de sangre, puso su brazo sobre una piedra, y con ayuda de otra piedra un poco cortante, acabó la obra que la bala había tan horriblemente comenzado. Hecho esto, envolvió su muñón en su manta, volvió al fuego, e hizo un prisionero que condujo a presencia del general.

La tropa tenía orden de no dar cuartel, por lo que Zumalacárregui, viéndole regresar así (con el prisionero vivo) y no sabiendo lo que le había sucedido, le recibió dándole unos sablazos de plano.

Por toda excusa el soldado levantó la manta y descubrió su brazo. El general, movido a compasión, le dió cinco duros; ordenó a su propio médico que cuidase del heróico mozo y le envió al hospital.

Poco tiempo después, el navarro fué nombrado sargento de Aduanas».

El soldado de que habla Tandé se llamaba Flores y hace años vivían viejos que le conocieron. El tal Flores fué, a pesar de su brazo manco, un veloz andarín que tomó parte en muchas apuestas. Era arriero de oficio y recorría los pueblos de la Ribera comprando vino. Se cuenta de él que con el muñón cargaba los pellejos sobre el baste de la caballería. También decía la gente que se curó la herida introduciendo el brazo en una tina de aceite hirviendo.

Del relato anterior parece deducirse que los cristinos emplearon artillería en este encuentro. El Padre Risco, que utilizó para escribir su libro «Zumalacárregui en campaña» los documentos del archivo de Zaratiegui, dice (pág. 208) que «las fuerzas que consigo traía Mina constaban de unos 4.000 hombres con artillería de montaña».

Tandé sufre una grave equivocación al afirmar que en el combate de Elzaburu murió Carlos O'Donell, pues, según consta en los papeles de Zaratiegui, O'Donell, el día 12 de marzo, marchó con toda la Caballería carlista de Cirauqui a Legaría, y al día siguiente anduvo por Arróniz y Sesma.

(7) Entre los papeles y documentos de la Junta Gubernativa carlista, figuran dos cartas en relación con la batalla de Larremiar y con el incendio de Lecároz.

Una es la que con fecha 17 de marzo y desde Zúñiga remite el presidente de la Junta D. Juan Echeverría a Marichalar. Dice así:

«Se está bloqueando a Echarri... Hemos celebrado la retirada de Mina por Gaztelu con pérdida de la litera; será regular que si hace muchas expediciones pierda el modo de andar en una de ellas».

La otra la dirige la Junta a D. Juan Echeverría y está fechada en Leiza el 25 del mismo mes:

«Ese caribe —dice—, ese Nerón de su patria ha reducido a cenizas veintitrés casas en el pueblo de Lecároz, que únicamente han quedado ahora tres y la iglesia; ha fusilado cinco paisanos; ha llevado veinte y tantos atados y ha asesinado a veintisiete infelices heridos que por su gravedad quedaron en sus lechos en los pueblos de Ituren y Zubieta».

Los fusilados en Lecároz fueron como ya he dicho, tres solamente, y cuatro los prisioneros, a los que libertó días más tarde cuando fueron hallados los obuses. La salvajada de rematar a los heridos fué obra de las tropas de Barrera, y el número de víctimas, menor del que figura en la carta. Consigno estas aclaraciones porque, a propósito de Lecároz y de las crueldades de Mina en esta expedición, se ha exagerado mucho por unos y otros. El propio Mina dió pábulo a la hipóbole con su proclama «A los navarros», dada en Narvarte la misma noche del incendio. Decía así:

«El pueblo de Lecároz... fué entregado esta tarde a las llamas y sus habitantes quintados y fusilados en el momento, en justo castigo de sus delitos. Igual suerte espera a toda población o individuo que siga su ejemplo».

Trató con esto —como confiesa en sus «Memorias»— de abultar el castigo y llevar al extremo sus amenazas, pero, en realidad, solo fusiló a tres de los siete condenados a muerte.

Los autores carlistas y los enemigos de Espoz aprovecharon estas palabras para afirmar que habían ejecutado a la quinta parte de los vecinos.

En cuanto a los escritores cristinos (Ros de Olaso y Saint-Yon) que presenciaron lo de Lecároz, mienten, no por maldad, sino por olvido y, más que nada (creo yo) por componer un cuadro terrorífico muy del gusto de aquella época.

Ros de Olano dice que fueron cinco los fusilados, los cinco ancianos y decrepitos. Describe con tan recios colores sus confesiones a grito herido, sus súplicas e imprecaciones a Mina, la tozudez del sacerdote que no quería separarse de ellos, los veinte tiros contados, los ayes de los agonizantes que pedían ¡más! ¡más!, y las descargas últimas que hubo que disparar sobre ellos, que más que el relato de un

testigo presencial, parece la descripción romántica hecha cuarenta años más tarde, recargando las tintas y exagerando todos los detalles.

A Saint-Yon le ocurre lo propio. Aun cuando no consigna el número de los sacrificados, su descripción del sacrificio y de los cuerpos de los moribundos retorciéndose en confuso montón sobre un charco de sangre, inducen a pensar en la hecatombe en su sentido etimológico.

De las hipérbolas carlistas tuvo la culpa Mina. De las hipérbolas Cristinas, Víctor Hugo y la epidemia del Romanticismo que tanto daño ha hecho a la Historia.

BIBLIOGRAFÍA

- 1) ANTONIO PIRALA. «Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista», 3.^a edición. Tomo 3.^o. Madrid 1889.
- 2) MODESTO LAFUENTE y JUAN VALERA. «Historia general de España». Tomo 6.^o. Barcelona, 1882.
- 3) J. ANTONIO ZARATIEGUI. «Vida y hechos de don Tomás de Zumalacárregui». Madrid, 1845.
- 4) C. F. HENNINGSSEN. «Campana de doce meses en Navarra y las provincias vascongadas con el general Zumalacárregui». 1836. Traducida por D. Román Oyarzun. Madrid, 1935.
- 6) FRANCISCO DE PAULA MADRAZO. «Historia militar y política de Zumalacárregui». Prólogo y notas de J. E. Casariego. Valladolid, 1941.
- 6) ANTONIO ROS DE OLASO. «Episodios Militares». «De cómo se salvó Elizondo y por qué fué condenado Lecároz». Madrid, 1884.
- 7) FRANCISCO ESPOZ Y MINA. «Memorias del general D. Francisco Espoz y Mina contadas por él mismo». Tomo 5.^o. Madrid 1850-52.
- 8) «Memoria histórica de la conducta militar y política del Teniente General don Marcelino Oráa». Madrid, 1851.
- 9) ROMAN OYARZUN. «Historia del Carlismo». Ediciones Fe. Bilbao, 1939.
- 10) BARON DE LOS VALLES. «Un capítulo de la historia de Carlos V». Perpignán, 1837.
- 11) J. J. ZEPER DEMICASA. «El Año ilustrado o Apología del Asno». Madrid, 1837.
- 12) «El Panorama Español-Crónica contemporánea» por Una reunión de amigos colaboradores. Tomo 3.^o. Madrid, 1845.
- 13) ANTONIO SAN JUAN CAÑETE. «La frontera de los Prineos occidentales». Toledo, 1936.
- 14) PIO BAROJA. «Siluetas románticas». Espasa-Calpe. Madrid, 1934.
- 15) JAYME SALVA. «Historia de Ja enfermedad que produjo la muerte del Excelentísimo Sr. D. Francisco Espoz y Mina». Manuscrito de 14 hojas. Archivo provincial de Navarra. Leg. «Asuntos varios». Secc. «Monumento».
- 16) PASCUAL MADDOZ. «Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España». Madrid, 1849.
- 17) PIO BAROJA. «Los espectros del castillo — Las familias enemigas...» Ediciones Palas. Barcelona, 1941.
- 18) «Gaceta de Madrid». Año 1835. Archivo municipal de Pamplona.
- 19) «La Abeja-Diario universal». Año 1835. Biblioteca de Campián.

- 20) «Boletín Oficial de Pamplona». Marzo y Abril 1835. Archivo municipal de Pamplona.
- 21) «Documentos de la Junta Gubernativa carlista». Archivo de Navarra.
- 22) FRANCISCO BARADO. «Historia del Ejército español». Tomo 3.º. Barcelona, 1889.
- 23) JUAN MAÑE Y FLAQUER. «Oasis—Viaje al País de los Fueros». Tomo 1.º. Barcelona, 1878, pág. 386.
- 24) «Exposición de los vecinos de Lecároz a S. M. Carlos V, sobre los sucesos del 14 de Marzo de 1835». Archivo de Navarra.
- 25) BARON H. DU-CASSE. «Ecos de Navarra ó Don Carlos y Zumalacárregui». Madrid 1840.
- 26) ANASTASE DE TANDE. «Campagnes et aventares d'un volontaire royaliste en Espagne», por M. A. T. Le Mans, 1869.
- 27) ALEXIS SABATIER. «Tío Tomás—Souvenirs d'un soldat de Charles V». Bordeaux, 1836.
- 28) Libro 2.º de actas de la Real Junta Gubernativa de Navarra. Da principio en 1.º de Enero de 1835. Archivo de Navarra.
- 29) GENERAL SAINT YON. «Les deux Mina—Cronique espagnole du dix-neuvième siècle... par le General Saint-Yon, ancien officier d'ordonnance de L'Empereur Napoléon». París, 1840. Tomo 3.º
- 30) Instituto Geográfico Nacional. Mapa núm. 90. «Sumbilla». (Aparece en él con todo detalle el terreno comprendido entre Elzaburu y Donamaria).
- 31) P. ALBERTO RISCO, S. I. «Zumalacárregui en campaña—Según los documentos conservados por su secretario de Estado Mayor don Antonio Zaratiegui». Madrid, 1935.